

. . . pero confiad, yo he vencido al mundo
(2 de 2)



Dr. Justo L. González

. . . pero confiad, yo he vencido al mundo
(2 de 2)

Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:4-5)

Varias décadas antes de que se escribieran estas palabras, Jesús les había anunciado a sus discípulos, no sólo que Él habría de sufrir, sino también que ellos sufrirían oprobio, persecución y muerte. Y entonces les declaró que les anunciaba estas cosas para que no tropezaran, sino, al contrario, "para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo".

Ahora, uno de sus discípulos les escribe a sus hermanos en Cristo, tras haber experimentado mucho de lo que Jesús anunció. No sabemos a ciencia cierta dónde ni cuándo fue escrita esta carta; pero lo más probable parece que fue escrita hacia fines del siglo primero o principios del segundo, probablemente en la ciudad de Efeso. Ya los cristianos han sido echados de las sinagogas. Ya Esteban ha sido muerto a pedradas, mientras Saulo sostenía las ropas de los que le apedreaban. Ya Jacobo ha sido muerto a espada por orden del rey Herodes. Y si alguien pensó que la persecución vendría solamente de parte de los judíos, ya los acontecimientos han ocupado de destruir esa ilusión, pues ahora es el Imperio Romano quién persigue a los cristianos. Ya en medio de las persecuciones por parte de ese Imperio Pedro y Pablo han dado con su sangre testimonio de su fe. Y los mártires no son sólo Pedro y Pablo, sino otros muchos cuyos nombres apenas conocemos.

Y ahora, cumplida la promesa de Jesús de que "en el mundo tendréis aflicción", esta epístola les recuerda a los fieles la segunda parte de esa promesa: "mas confiad; yo he vencido al mundo". Y dice

por tanto nuestra epístola: "Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe."

"En el mundo tendréis aflicción", dijo Jesucristo. Y esto lo comprobó, poco después de escrita la Primera Epístola de Juan, aquel anciano obispo de Antioquía, Ignacio, que a principios del siglo segundo fue condenado a ser devorado por los leones en el circo romano para servir de espectáculo al emperador Trajano y los suyos. Camino al martirio iba Ignacio, para ofrendar su vida por el Señor que había dicho "Confiad, yo he vencido al mundo". Camino al martirio iba, cuando supo que algunos hermanos en Roma buscaban el modo de sustraerle de ese trágico destino. Camino del martirio iba cuando les escribió a esos hermanos pidiéndoles que no se interpusieran: "Ahora empiezo a ser discípulo. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios." Esta es la victoria que vence al mundo. Esta es nuestra fe.

Cuando Ignacio iba camino del martirio, se entrevistó con otro ministro mucho más joven que él, de nombre Policarpo. Muchos años después, cuando Policarpo fue llevado ante las autoridades, se le conminó a tener en cuenta su ancianidad y salvar su vida maldiciendo a Cristo, y el anciano obispo contestó: "Ochenta años ha que le sirvo y ningún mal me ha hecho. ¿Cómo he de maldecir ahora a mi Señor que me salvó?" Esta es la victoria que vence al mundo. Esta es nuestra fe.

Pasaron los años, y el imperio que antes persiguió a los cristianos tomó el nombre de Cristo, pero no siempre su amor y su mansedumbre. Y surgió entonces toda una hueste de cristianos que no se

dejaron intimidar por el poderío del imperio, sino que se dedicaron a defender la integridad de la fe y a proteger a los débiles y los pobres frente a la avaricia de los poderosos del imperio.

Uno de ellos fue Basilio, el obispo de la ciudad de Cesarea en Capadocia hacia fines del siglo cuarto. El Emperador Valente se preparaba a visitar la ciudad, y envió a uno de sus ministros para preparar la visita y doblegar a Basilio, quien había chocado repetidamente con la autoridad imperial. Cuando el ministro imperial amenazó a Basilio con la pérdida de todos sus bienes, el ministro cristiano le contestó:

--Lo único que poseo que puedas confiscar son estos harapos y unos pocos libros.

--Te mandaré entonces al exilio.

--Tú no tienes el poder de exiliarme, pues dondequiera que me mandes seré huésped de Dios.

--Te haré torturar.

--Ya mi cuerpo está muerto en Cristo.

--Te condenaré a muerte.

--Gracias por tan grande favor, pues así llegaré más presto a mi Dios.

--Nadie se ha atrevido jamás a hablarme de ese modo.

--Quizá ello se deba a que nunca antes te has tropezado con un verdadero ministro de Cristo.

Esta es la victoria que vence al mundo. Esta es nuestra fe.

De igual modo podríamos continuar narrando por horas sin fin los hechos gloriosos de los muchos que por fe han vencido al mundo. Los que dieron su vida en testimonio de su fe. Los que protegieron a los

débiles en obediencia a su fe. Los que por fe atrevieron se enderezar entuertos que parecían tener no solución. Los que por fe marcharon hacia tierras lejanas para dar a conocer el nombre de Cristo.

Ya lo dijo el autor de Hebreos:

Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.... Por la fe Enoc fue traspasado hasta no ver muerte. Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca para que su casa se salvase. Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia. Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir. Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel. Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios. Por la fe pasaron el Mar Bermejo como por tierra seca. Por la fe cayeron los muros de Jericó. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes. ¿Y qué más digo? faltaría contando de Gedeón, de Barac, de David, así como de Samuel y de los conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno.

Y todo esto lleva al autor de Hebreos a la conclusión:

Por tanto nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.

En otras palabras, como dijo Jesús, "En el mundo tendréis aflicción. Mas confiad; yo he vencido al mundo".

O, como dice Juan, "Esta es la victoria que vence al mundo. Esta es nuestra fe."

Nótese que tanto Juan como Hebreos establecen una relación entre la victoria y la fe. ¿Por qué? Porque la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Ante los ojos del mundo, Abraham fue un iluso que dejó la tierra de su parentela en pos de una quimera. A los ojos del mundo, Moisés fue un necio que desechó la oportunidad de ser llamado hijo de la hija de Faraón para echar su suerte con una banda de esclavos pobres, miserables, indisciplinados e ingratos. Ante los ojos del mundo, los mártires malgastaron su vida, ofrendándola en aras de un futuro incierto. Ante los ojos del mundo y del ministro imperial, Basilio no era sino un tonto tozudo y empedernido.

Pero la fe es la convicción de lo que no se ve, la certeza de lo que se espera. Y por ello nuestra fe es la victoria que vence al mundo. Porque es certeza de lo que se espera, la fe nos permite actuar, no conforme a lo que ven los ojos del mundo, sino conforme a lo que sabemos que ha de venir. Usando los ojos del mundo, Moisés debió haberse contentado con ser nieto del Faraón. Pero la visión de la fe le hizo ver que por encima de Faraón había Otro cuyo poder era indeciblemente más alto, y que ese Otro le llamaba a echar su suerte con los hijos de Israel. Ante los ojos del mundo, Rahab no fue sino una ramera que traicionó a su patria. Usando los ojos del mundo, Jesús debió haber seguido el consejo de Pedro cuando iban camino de Cesarea de Filipos, y haber evitado la crucifixión. Pero Hebreos nos dice que Jesús sufrió la cruz "por el gozo puesto delante de él". Nuestra fe es la victoria que vence al mundo, porque por ella podemos ver las cosas que el mundo no alcanza a ver; porque por ella podemos ver el orden que Dios desea para el mundo.

Veamos dos ejemplos, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo.

El primer ejemplo: En II Reyes, capítulo 6, se nos cuenta no que el rey de Siria estaba en guerra con Israel, pero que podía sorprender a los israelitas porque el profeta Eliseo sabía siempre por dónde iban a atacar. Entonces el rey de Siria, enterado de que Eliseo estaba en la aldea de Dotán, envió a sus ejércitos a adueñarse de la persona del profeta.

Entonces envió el rey allá gente de a caballo, y carros, y un gran ejército, los cuales vinieron de noche, y sitiaron la ciudad. Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gentes de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos? El le dijo: No tengas miedo, porque son más los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Y luego que los sirios descendieron a él, oró Eliseo a Jehová, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera a esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo. Después les dijo Eliseo: No es este el camino, ni es esta la ciudad; seguidme, y yo os guiaré al hombre que buscáis. Y los guió a Samaria. Y cuando llegaron a Samaria, dijo Eliseo: Jehová, abre los ojos de éstos, para que vean. Y Jehová abrió sus ojos, y miraron, y se hallaban en medio de Samaria. Cuando el rey de Israel los hubo visto, dijo a Eliseo ¿Los mataré, padre mío? El le respondió: No los mates. ¿Matarías tú a los que tomaste cautivos con tu espada y con tu arco? Pon delante de ellos pan y agua, para que se les coman y beban, y vuelvan a sus señores. Entonces se les preparó una gran comida; y cuando habían comido y bebido, los envió, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel.

Hasta aquí el primer ejemplo. Veamos ahora el segundo. En Hechos 7:55-60 se nos cuenta el martirio de Esteban:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y

puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió.

A primera vista, parece que no hay mucha relación entre estas dos historias. En la primera, Eliseo y los israelitas ganan caen en manos de los israelitas. En la segunda, parece ser que Esteban pierde, pues a pesar de su fe es apedreado y muerto.

Pero aun en medio de ese contraste hay varios otros puntos de contacto entre estas dos historias.

El primero de ellos es que tanto Eliseo como Esteban ven lo que sus enemigos no pueden ver. Cuando el criado de Eliseo está a punto de darse por vencido, Eliseo le pide a Dios que abra sus ojos, y entonces el criado ve que las huestes de Jehová, que rodean a los sirios, son más poderosas que el ejército enemigo. Como dice Eliseo, "son más los que están con nosotros que los que están con ellos." Y Esteban, condenado a muerte, ve lo que sus jueces son incapaces de ver: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios." La fe es la convicción de lo que no se ve, la certeza de lo que se espera. La fe es la visión que sobrepasa los sentidos del mundo. Y es por ello que esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

El segundo punto de contacto entre ambas historias es que tanto Eliseo como Esteban ruegan por los enemigos vencidos. Eliseo conduce las tropas de Siria a Samaria, donde caen en poder del rey de Israel. Y cuando éste le pregunta si ha de darles muerte, Eliseo le contesta que los alimente y los deje regresar a Siria. Y Esteban, al momento mismo de morir, "clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado".

¿Por qué es que tanto Eliseo como Esteban pueden perdonar a sus enemigos? Sencillamente, porque saben que no tienen por qué temerles. La razón por la que muchas veces hacemos todo lo posible por destruir al enemigo vencido es que tememos que pueda levantarse de nuevo contra nosotros, y que la próxima vez nos derrote. Pero la fe es la *certeza* de lo que se espera. Eliseo sabe que "son más los que están con nosotros que los que están contra nosotros"; en otras palabras, que Jehová reina, que suyo es el reino y el poder, y que por tanto el profeta no tiene que aniquilar al enemigo. Esteban ve la gloria de Dios, y a Jesús a la diestra de Dios. En virtud de esa visión, sabe que en fin de cuentas la victoria es suya, por mucho que ahora los que le apedrean se ensañen con él. Los que por lo pronto parecen victoriosos ya están vencidos, porque Jesús ha vencido al mundo. Y por ello Esteban puede rogar por ellos, que su pecado no les sea tenido en cuenta.

La fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve, es la victoria que ha vencido al mundo.

Pero el punto de contraste entre las historias de Eliseo y de Esteban es también importante. Eliseo logra entregar las muere tropas de Siria en manos del rey de Israel. Esteban muere apedreado. Lo que esto indica es que la victoria de la fe no es siempre evidente a los ojos del mundo. La fe no es una coraza que nos proteja contra toda clase de sufrimiento. Ya lo dijo el Señor: "En el mundo tendréis aflicción". En algunos casos, como el de Eliseo, la victoria es evidente, no sólo a los ojos de la fe, sino también los del mundo. No sólo Eliseo y los israelitas, sino también el rey de Siria y sus tropas, quienes ven la victoria de Jehová. A veces el ángel del Señor abre las puertas, como cuando Pedro y Juan salieron de la cárcel. Pero otras veces las prisiones no se abren, los enemigos parecen triunfar, los sufrimientos

aumentan. En tales casos, es de suma importancia que recordemos que la fe, la victoria que vence al mundo, no es garantía de éxito como el mundo entiende el éxito, sino que es "la certeza *de lo que se espera*, la convicción *de lo que no se ve*". Aunque nuestra victoria ya ha sido ganada en Jesucristo, es todavía victoria en esperanza. Aunque por fe veamos al Señor sentado a la diestra del Padre, todavía nuestra victoria está en la convicción de lo que no se ve.

Ya lo dice la Epístola a los Hebreos: Unos "conquistaron reinos, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros..." Pero "otros experimentaron vituperios y azotes, y más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada." Y los uno y los otros hicieron una y otra cosa por fe. Los que evitaron filo de espada y los que murieron a filo de espada, ambos participaron de la misma fe, de la misma certeza de lo que se espera, de la misma convicción de lo que no se ve. La victoria de la fe no está en el éxito alcanzado, sino en la fidelidad a la visión del futuro, en la obediencia a los propósitos de Dios.

La fe que vence al mundo, la fe bíblica, no es el modo en que nosotros manejamos a Dios para que haga lo que nosotros queremos, sino el modo en que Dios nos lleva a querer lo que Él quiere. Hay un modo de entender la fe, muy difundido, muy popular, y muy contrario a las Escrituras, que pretende que con la fe es posible lograr cualquier cosa que uno desee. Si estás enfermo, si quieres más dinero, si quieres mejor empleo, todo lo que tienes que hacer es tener fe y te sanarás, y tendrás más dinero, y tendrás mejor empleo. Si no te sanas, es porque te falta la fe. Si no te sacas la lotería, es porque te falta la fe. Pero la cosa no es tan sencilla. Si bien unos evitaron filo de espada por la fe, otros por la fe

sufrieron muerte a espada. Si bien Eliseo venció a los ejércitos de Siria por la fe, Esteban por la fe fue apedreado. La fe no nos garantiza que ganaremos todas las batallas. Lo que sí nos garantiza es que, si nuestras batallas son por las cosas que esperamos con la certeza de la fe, con la visión de la fe, con los propósitos de la fe, la victoria final es nuestra.

Ayer decíamos que el orden del mundo es muy distinto del orden del reino. En el mundo, los primeros son primeros, y los más importantes son los que son servidos. En el reino, los postreros son primeros, y los más importantes son los que sirven. La fe que vence al mundo es entonces la que nos lleva a servir, no según el orden del mundo, sino según el orden del reino, la que nos lleva a vivir una vida en la que los postreros son primeros, en la que los mayores son los que sirven.

No cabe duda de que si tal hacemos tendremos dificultades. Ya lo dijo nuestro Señor: "En el mundo tendréis aflicción." Pero tampoco cabe duda de que si hacemos esto seremos fieles a esa fe que es la certeza de lo que se espera, la certeza del reino venidero, el poder que vence al mundo. Y es por esto que a los discípulos que se acojan a esa fe el Señor les dice también: "Confiad: yo he vencido al mundo". El mundo, a pesar de sus ruidos y sus pompas, ya está derrotado. Lo que nos toca ahora a nosotros es decidir tomar el partido del Señor victorioso, y asirnos a Él por fe. "Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe".